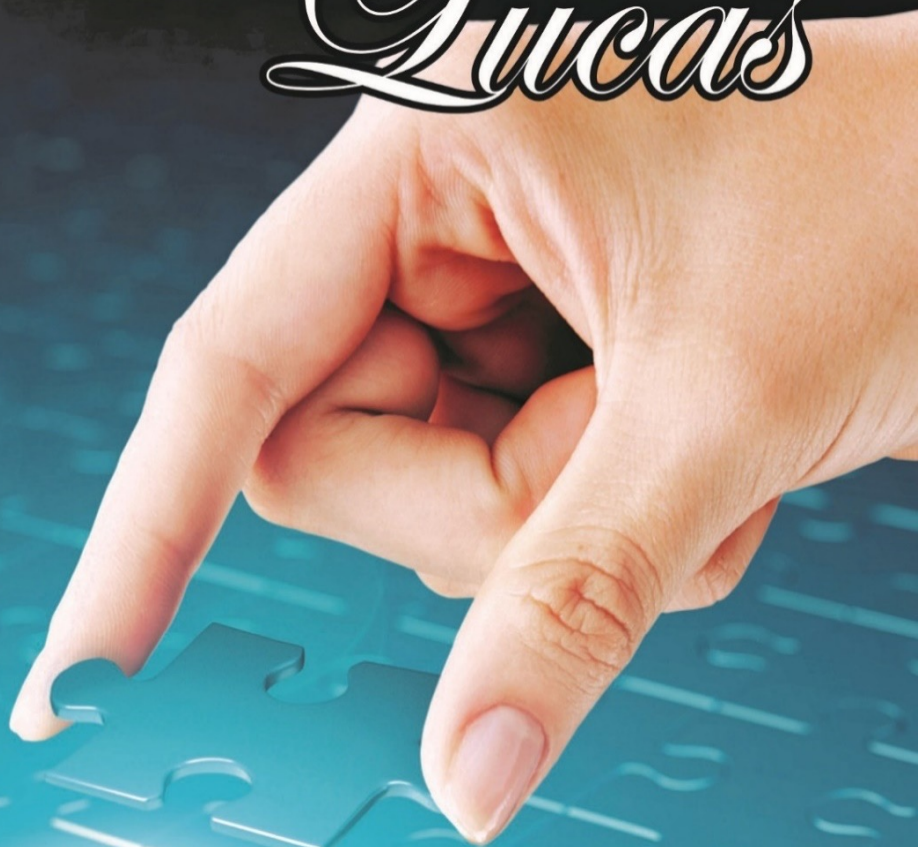


Ediciones Lucas



“LA RESTAURACION DE LA IDENTIDAD ESPIRITUAL DEL CREYENTE”
EI-010625-108

“LA RESTAURACION DE LA IDENTIDAD ESPIRITUAL DEL CREYENTE”

© 2025 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: junio 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-010625-108

LA RESTAURACION DE LA IDENTIDAD ESPIRITUAL DEL CREYENTE

S
E
M
A
N
A
—
1
—
Al estudiar las Escrituras, he comprendido que Dios insiste en revelarnos cómo debemos los cristianos afirmarnos en Sus caminos. Podría decir que esta es una de las revelaciones más grandes e importantes para quienes conocemos al Señor. Es comparable a la responsabilidad de los padres con sus hijos: si nacen sanos, es deber de los padres mantenerlos en buen estado. De la misma manera, nosotros debemos afianzar la vida de Cristo en nosotros, basándonos en lo que enseñan las Escrituras.

Es irónico ver cómo creyentes que sirvieron al Señor durante años, ministros que predicaron la Palabra por tanto tiempo, e incluso líderes que dedicaron su vida entera al servicio de Dios a tiempo completo, terminan alejándose del Señor y cayendo en las trampas del mundo, sumidos en la miseria espiritual.

Muchas personas, al ver estos casos, afirman con seguridad: “Este hombre, aunque predicó por mucho tiempo, nunca conoció verdaderamente al

Señor”. Sin embargo, tanto la Biblia como la experiencia nos muestran que esto no siempre es así. Muchas de estas personas sí tuvieron un encuentro real con el Señor, pero en algún momento de su caminar se enfriaron y se apartaron de Él. Tal como advierte **1 Corintios 10:12**:

“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”.

Con el paso de los años he descubierto una verdad fundamental: la Vida Divina es la esencia que debemos poseer para nuestro caminar con el Señor. Sin embargo, así como la vida natural necesita estar anclada a un cuerpo físico para manifestarse, también en lo espiritual requerimos un fundamento, un andamiaje que nos sostenga y nos arraigue en lo que hemos recibido. El aliento de vida necesita un soporte: el cuerpo humano. Si este cuerpo se deteriora al punto de no poder sostener la parte interna —el alma y el espíritu—, entonces la vida inevitablemente se desprende de él. En el plano espiritual sucede algo muy similar. Nacemos de nuevo al recibir el soplo del Espíritu de Dios, y así la Vida Divina comienza a fluir en nuestro espíritu, o al menos podemos decir que se une profundamente a él. No obstante, esa Vida necesita un soporte para poder expresarse plenamente en nosotros y para que podamos disfrutarla de manera real. A ese soporte espiritual yo lo llamo identidad.

La Vida Divina es el todo de Dios en nosotros. Por medio de ella recibimos todo lo necesario para presentarnos delante de Dios, vivir en paz con Él, ser liberados del poder del pecado y avanzar en un proceso de crecimiento y desarrollo espiritual hasta alcanzar la perfección en Dios. Sin duda alguna, la Vida Divina es todo suficiente: es la misma vida de Dios impartida en nuestro ser. Sin embargo, a pesar de su plenitud y de todo lo que nos ofrece, es indispensable que tengamos una identidad clara como hijos de Dios. Sin identidad, esa vida puede estar en nosotros, pero carecer de expresión, dirección y propósito definidos.

Si la Vida Divina carece de un "cuerpo" de identidad que la exprese, tarde o temprano entraremos en crisis espiritual, y esa desconexión puede llevarnos, lamentablemente, a apartarnos del Dios vivo. La Biblia nos advierte una y otra vez — desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento — que debemos velar, permanecer firmes y cuidar nuestra fe para poder terminar la carrera con victoria.

Para responder, usemos una ilustración: imagina a alguien que tiene la necesidad urgente de contar con energía eléctrica en su hogar. En medio de su preocupación, se encuentra con un amigo que le dice: “No te preocupes, yo te ayudaré a instalar la electricidad en tu casa”. Pero hay un problema mayor: la casa no cuenta con ningún tipo de

instalación eléctrica. No hay cables, ni interruptores, ni tomacorrientes, ni lámparas... nada. Aunque el amigo esté dispuesto a costear el servicio de electricidad y se contraten los técnicos para traer la energía, esta no tendrá dónde fluir, ni cómo manifestarse, ni en qué ser aprovechada.

Así sucede con la Vida Divina: Es plena, poderosa y capaz de darnos una vida de victoria, pero si no tenemos una estructura espiritual —una identidad clara como hijos de Dios— esa vida no encontrará por dónde expresarse en nosotros.

De alguna manera, durante las etapas de nuestro desarrollo espiritual, necesitamos que la Vida Divina tenga un lugar donde asentarse y encontrar estabilidad dentro de nosotros. **Efesios 3:17** lo expresa así:

“... que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor...”.

Esta expresión nos revela una imagen poderosa: lo que se arraiga en nuestros corazones es la Vida Divina misma. Pero al hablar de una planta que echa raíces, debemos considerar dos elementos: la planta y la tierra en la que se arraiga. En esta analogía, la planta representa la Vida Divina; y la tierra representa nuestro ser interior —nuestro yo, nuestro corazón.

Una planta, por muy viva y saludable que sea, necesita una tierra adecuada para echar raíces, nutrirse y crecer. De igual forma, la Vida Divina necesita un corazón dispuesto, preparado y firme en su identidad, para que pueda arraigarse, fortalecerse y dar fruto en nosotros.

La razón por la cual, en mis momentos de crisis, nunca abandoné los caminos del Señor no fue porque mi vida espiritual estuviera floreciendo ni porque me sintiera lleno del Espíritu Santo. La verdadera razón fue que había adquirido una identidad espiritual en el Señor. Esa identidad era más fuerte que mis emociones, más firme que mis circunstancias.

Incluso si el mismo Señor me hubiera preguntado: “¿También tú quieres irte?”, no habría tenido otra respuesta que la de los apóstoles: “¿A quién iré, Señor? Solo Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68). Esa convicción no nace de un momento de fervor, sino de una identidad profundamente arraigada en Él.

La identidad es algo que Dios mismo procura fundamentar y desarrollar en nosotros, porque a través de ella la Vida Divina puede encontrar un lugar donde expresarse. No se trata solo de saber quién es Dios, sino de saber quiénes somos nosotros en Él. Nuestra identidad en Cristo no es un

concepto teórico, sino el cuerpo de expresión de la Vida Divina en nosotros. Es en esa identidad — construida, afirmada y fortalecida por el Espíritu y la Palabra— donde la Vida de Dios se manifiesta, crece y da fruto para Su gloria.

LA IDENTIDAD EN TÉRMINOS CIENTÍFICOS

S
E
M
A
N
A
—
2
—

La identidad, en el ser humano, es un patrimonio interno que se va construyendo a través del conocimiento y la comprensión de las experiencias de vida. Todo lo que aprendemos, lo que vivimos y atravesamos, deja una huella en nuestro ser. Estas vivencias se graban profundamente en nuestro interior y, de algún modo, se convierten en parte de lo que somos. Podríamos decir que forman la materia prima de nuestra identidad.

La identidad también actúa como el ancla de nuestra existencia natural. Es lo que nos da sentido, ubicación y pertenencia en el mundo. Sin identidad, no podríamos responder preguntas fundamentales como: ¿quién soy?, ¿dónde estoy?, ¿cómo me llamo?, ¿a qué pertenezco? Nuestra identidad nos conecta con nuestra historia, nuestro entorno y nuestras relaciones. Es lo que nos permite reconocernos a nosotros mismos y ser reconocidos por los demás.

Todos, de alguna manera, vamos desarrollando una identidad que nos permite anclarnos a la existencia que llevamos. Desde temprana edad, comenzamos a identificarnos con lo que somos. Aun cuando somos niños pequeños y apenas

logramos hablar con claridad, ya intentamos decir nuestro nombre y apellido, aunque sea con jerigonzas. Ese acto simple, pero profundo, es una de las primeras formas en las que comenzamos a construir y afirmar nuestra identidad.

A partir de allí, cada experiencia, cada relación, cada logro o fracaso, cada enseñanza y cada entorno contribuye a moldear quiénes somos. La identidad no es algo estático ni instantáneo; es un proceso continuo, dinámico y en constante formación. En realidad, nunca dejamos de construir nuestra identidad: la vamos desarrollando y redefiniendo a lo largo de toda nuestra vida.

La identidad comienza a formarse en nosotros durante una etapa clave del desarrollo humano conocida como el despertar de la conciencia abstracta. (Para profundizar más sobre las distintas etapas del desarrollo psicológico, recomendamos visitar la página web: vidadeiglesia.org)

Esta segunda etapa del desarrollo psicológico, denominada precisamente Conciencia Abstracta, marca el momento en que el ser humano empieza a tomar conciencia de sí mismo. Es aquí donde nace nuestra identidad humana, construida principalmente a través de dos elementos: la auto percepción y la ego narrativa.

La auto percepción es la forma en que nos vemos a nosotros mismos, mientras que la ego narrativa se refiere a todo aquello que nos decimos internamente —nuestras creencias, pensamientos, recuerdos y afirmaciones personales. Por eso, no solo debemos estar atentos a lo que otros nos dicen, sino especialmente a lo que nosotros mismos nos repetimos. Nuestra identidad se alimenta de ese diálogo interno, y de él depende, muchas veces, nuestra salud emocional y espiritual.

Muchas veces, el mundo en el que vivimos —nuestra realidad interna y externa— es el resultado directo de lo que creemos. Nuestras convicciones más profundas, lo que dicta nuestra conciencia, terminan moldeando nuestra percepción de la vida. Estas creencias no solo habitan en nuestra mente consciente, sino que poco a poco se van escribiendo en nuestro subconsciente, convirtiéndose en patrones que guían nuestras decisiones, emociones y reacciones.

Por eso, es fundamental cuidar lo que creemos y lo que permitimos que se arraigue en nuestro interior. Lo que sembramos en la conciencia, es lo que cosechamos en la vida.

El origen de nuestra identidad —ya sea bien o mal formada— tiene lugar en la etapa del desarrollo conocida como conciencia abstracta. Es en este

periodo es cuando comenzamos a construir una imagen de nosotros mismos, a partir de nuestra percepción personal y de la ego narrativa, es decir, todo lo que nos decimos interiormente.

Esta identidad se edifica sobre los cimientos de nuestras experiencias personales, sociales y culturales. Cada vivencia, cada interacción y cada influencia externa aporta un ladrillo a la estructura interna que define quiénes creemos ser.

Hace algunos días, durante uno de mis tiempos de lectura secular, seria y científica, me encontré con un concepto interesante sobre las tres esferas de la identidad humana. Estas son: la identidad personal, la identidad social y la identidad cultural o nativa. Cuando leí este comentario, el Espíritu Santo habló a mi corazón, y percibí claramente que me decía lo siguiente: “Yo quiero desarrollar la identidad en mi pueblo en tres esferas”. Estas palabras me impactaron profundamente, y sentí la necesidad de volver a repasar unas notas que había compartido dos años atrás sobre este mismo tema.

Cuando nos convertimos al Señor, Él, en Su grande misericordia, nos pone a cero: a cero en cuanto a nuestro pasado, a cero en cuanto a nuestros pecados, a cero en cuanto a nuestras acciones y errores. Eso es precisamente lo que significa nacer

de nuevo: comenzar desde cero, iniciar una nueva vida con una nueva naturaleza.

Nuestra identidad pasada debe quedar sepultada, olvidada, como parte de lo que ya no nos define. Tal como dice **2 Corintios 5:17**:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas”.

Es totalmente bíblico afirmar que, al conocer a Cristo, comenzamos una nueva vida, y con ella, el proceso de desarrollar una nueva identidad: una identidad redimida, basada no en lo que fuimos, sino en lo que ahora somos en Él.

El Señor desea forjar en nosotros una nueva identidad, una que refleje Su naturaleza y propósito. Esta identidad se desarrolla en tres esferas fundamentales:

Primero, en lo personal, a través de nuestra comunión íntima con Él.

Segundo, en la esfera del Cuerpo de Cristo, es decir, en nuestra integración, servicio y edificación mutua dentro de la Iglesia.

Y tercero, en la esfera del Reino de Dios, donde entendemos nuestro llamado y función como embajadores de Cristo en el mundo.

Es impresionante ver cómo estas tres esferas de la nueva identidad en el Señor coinciden con los tres tipos de identidad que los sociólogos han identificado en el ser humano: la identidad personal, la identidad social y la identidad cultural o nativa. Estos conceptos son el resultado de años de observación y análisis del comportamiento humano desde una perspectiva científica.

Como creyentes, podemos hacer uso de ciertos avances científicos que nos ayudan a comprender con mayor claridad algunos aspectos de la vida y del ser humano. Sin embargo, debemos tener discernimiento. La Biblia advierte sobre lo que llama *“la falsamente llamada ciencia”* (**1 Timoteo 6:20**), es decir, el intento de resolver la condición del hombre únicamente por medio del conocimiento humano, dejando a Dios fuera de la ecuación.

Hay una gran diferencia entre utilizar la ciencia —por ejemplo, para realizar un trasplante de corazón— y creer que eso puede transformar el interior del hombre. Sólo el Espíritu Santo puede operar una transformación verdadera y profunda en el corazón humano.

Desde el momento en que nos convertimos, el Señor comienza a trabajar profundamente en nuestra identidad. Esta no es una tarea superficial ni opcional; es parte esencial del proceso de transformación que Él quiere realizar en nosotros.

Si el Espíritu Santo no nos guiara en este camino de formación de una nueva identidad, quedaríamos expuestos, incluso dentro de la esfera de la Iglesia, a desvanecernos espiritualmente. Podríamos estar presentes físicamente, pero sin raíces verdaderas, sin convicciones firmes, sin una identidad sólida en Cristo.

Por eso, todo creyente que no permite que el Señor forje en él una nueva identidad —una que reemplace la vieja manera de pensar, vivir y relacionarse con Dios y con los demás— corre el serio riesgo de, tarde o temprano, abandonar el Camino del Señor. No por falta de buenas intenciones, sino por falta de fundamento.

No podemos pasar todo el tiempo sosteniendo, animando o cuidando a los hermanos únicamente para que no se aparten de la Iglesia. Si bien es parte del amor cristiano cuidar de los nuevos en la fe, llega un momento en el que cada creyente debe desarrollar una nueva identidad en el Señor y con Su Iglesia.

No basta con venir sólo porque se les atiende o se les muestra afecto; eso puede ser el punto de partida, pero no puede ser el fundamento. Es necesario que las personas que han conocido al Señor permanezcan porque han arraigado su identidad espiritual en Cristo y en el Cuerpo de Cristo, aun cuando no reciban atención constante, saludos o reconocimiento.

Un creyente que ha crecido saludablemente en el Señor no sólo tiene el fluir de la Vida Divina en su interior —lo cual es fundamental e insustituible—, sino que también ha desarrollado una identidad firme como hijo de Dios.

Esa identidad no se manifiesta únicamente en lo que creemos, sino en cómo vivimos, cómo nos comportamos y cómo nos relacionamos con los demás. Es como el caso de una niña: cuando es pequeña, puede tener ciertas imprudencias al sentarse con un vestido sin ser consciente de su exposición, y eso es comprensible en esa etapa.

Pero cuando esa misma niña entra en la adolescencia, se espera que tenga una mayor conciencia de su cuerpo y de su dignidad, y que actúe con recato. De igual manera, mientras que una niña puede correr a los brazos de un adulto y ser cargada sin problema, una joven de casi veinte años no haría lo mismo, porque ha adquirido conciencia

de su crecimiento y de su nueva identidad como mujer.

Lo mismo ocurre en la vida espiritual: a medida que crecemos, nuestra manera de actuar, de hablar y de relacionarnos debe reflejar la madurez que viene de tener una identidad sólida en Cristo. Ya no se espera que dependamos de los mismos estímulos emocionales que necesitábamos al principio. Ahora, lo que nos sostiene es quiénes somos en Cristo.

No se quedan en la Iglesia sólo los que han sido tocados por el Espíritu Santo, sino aquellos que permiten un desarrollo de su identidad en las cosas inherentes a Dios

Si no nos arraigamos al Señor mediante una nueva identidad, tarde o temprano llegará el momento en que la adversidad, el desánimo, las tentaciones, la carne, Satanás y muchas otras circunstancias terminarán por apartarnos del Camino del Señor.

No permanecen en la Iglesia únicamente aquellos que alguna vez fueron tocados por el Espíritu Santo, sino los que permiten que su identidad se forme y se desarrolle en las realidades espirituales y eternas de Dios. El toque del Espíritu puede ser el inicio, pero no garantiza la

permanencia. Lo que sostiene a un creyente en el tiempo es una identidad espiritual arraigada.

Muchas veces, los cristianos no somos conscientes de que nuestra vida en Cristo es algo totalmente nuevo. Al no entender esto al iniciar el camino del Señor, no percibimos lo que afirma **2 Corintios 5:17**:

“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas”.

Una traducción más fiel al griego sugeriría traducir este versículo así: “Todas las cosas se están haciendo nuevas constantemente”.

En la religión evangélica, ciertamente aprendemos muchas cosas valiosas; sin embargo, eso no garantiza un desarrollo espiritual adecuado. En realidad, todo creyente genuino, desde el momento en que nace de nuevo y permite que Dios lo transforme, experimenta cómo Él comienza a dismantelar sus programas emocionales y a desenmascarar su falso yo. Pero, con frecuencia, procuramos evitar a los nuevos creyentes justamente esta parte del proceso. Nos da vergüenza instruirlos o corregirlos, sin darnos cuenta de que así no estamos cumpliendo con la verdadera tarea de discipularlos.

Si no discipulamos adecuadamente a los creyentes nuevos, nos oponemos a la obra del Espíritu Santo. Cuando alguien se convierte al Señor, lo primero que el Espíritu hace es confrontar sus programaciones emocionales y desenmascarar su falso yo. Un ejemplo claro de esto lo vemos en la experiencia de la mujer samaritana (Juan 4). Aquella mujer creía saberlo todo sobre Dios, y, al encontrarse con Jesús, le reprocha: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?” (porque judíos y samaritanos no se trataban). Jesús le responde:

—“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le pedirías, y Él te daría agua viva.

El resto de la conversación ella insistió en sus preguntas; al ver que estaba cargada de religiosidad y no quería humillar su corazón, Jesús le revela su falso yo diciendo:

—“Ve, llama a tu marido y ven acá.”

—“No tengo marido”, contesta ella.

—“Bien dijiste: ‘No tengo marido’, porque cinco maridos tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido. En esto has hablado con verdad.”

En ese momento, el falso yo de la mujer se desplomó por completo.

Este es el trabajo que el Señor realiza con todos los que se acercan a Él y que el Espíritu Santo hace en cada uno de nosotros como Sus hijos. Por lo tanto, en la Iglesia debemos actuar en consonancia con el Espíritu Santo y discipular a los nuevos creyentes conforme a Su manera de obrar. Debemos proclamar la Palabra tal como es a los nuevos hermanos. Si deciden seguir al Señor o no, esa es su responsabilidad; pero no podemos suavizar el mensaje para evitar que se sientan incómodos con determinados temas.

La religión evangélica ha contribuido a que nuestro falso yo no sea dismantelado, sino simplemente revestido de religiosidad. Por ejemplo, alguien que antes se jactaba de su riqueza, al convertirse al Señor deja de hablar de dinero, pero en lugar de permitir que el Señor desarme ese programa emocional, comienza a ostentar sus dones espirituales. En realidad, el “falso yo” no desaparece; sólo cambia de fachada, y el creyente sigue igual de orgulloso.

Todo creyente que se apoya en su falso yo religioso no sólo obstaculiza al Espíritu Santo en dismantelar sus estructuras emocionales, sino que también impide que en su vida nazca una identidad cristiana auténtica. Veamos a continuación los tres tipos de identidad que debemos procurar en el Señor.

1.- IDENTIDAD PERSONAL ESPIRITUAL

Nuestra identidad personal en lo espiritual comienza a formarse a partir del testimonio y la convicción que surge de nuestro primer encuentro con el Señor. Como nos enseña **Romanos 8:15-16**:

“Porque no habéis recibido espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.”

Es en ese momento cuando el Espíritu Santo comienza a dar testimonio a nuestro espíritu, a nuestra conciencia, a nuestra mente e incluso a nuestras emociones, revelándonos que de verdad somos Sus hijos. Es en ese momento que empieza a gestarse la identidad personal espiritual. El Espíritu Santo se encargará de convencernos —aun en contra de lo que diga la ciencia, de lo que afirmen profesores o de las malas intenciones de cualquier hombre— de que realmente hemos nacido de nuevo y pertenecemos a la familia de Dios.

Esta experiencia suele darse en los momentos de quietud que pasamos ante el Señor, cuando le

damos gracias por lo que percibimos e intuimos al estar en Su presencia. Con el tiempo, esas vivencias forjan gradualmente nuestra identidad espiritual.

El creyente que no experimenta esto, después de unos meses comenzará a preguntarse por qué asiste a la iglesia; le surgirán dudas sobre su pertenencia al lugar. En cambio, quienes han mantenido una comunión íntima con Dios reciben el testimonio del Espíritu Santo en lo más profundo de su ser, hasta que su identidad en Cristo Jesús queda completamente amalgamada con lo que ahora son en Él.

El creyente que atraviesa pruebas, aflicciones o desánimos, pero conserva el testimonio del Espíritu Santo, en lugar de hundirse en esas vicisitudes, reafirma a quién pertenece y quién es Su Señor. En vez de alejarse, ora al Señor con estas palabras:

“¿A quién iré, Señor? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna”

(Juan 6:68).

Notemos que esto no es sólo |un proceso espiritual, sino también una configuración profunda de nuestra alma. Así como la vida encerrada en un huevo necesita un cascarón para protegerse, el espíritu requiere de un alma que lo contenga y le

permita experimentar la seguridad y la alegría de pertenecer a Dios.

Esa convicción nos lleva a vivir lo que afirma
Romanos 8:35:

*“¿Quién nos separará del amor de Cristo?
¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez,
peligro o espada?”*

Cuando hemos adquirido una identidad espiritual, nada podrá apartarnos del Señor. Nuestra identidad debe ser tan firme que negar de Cristo equivaldría a negarnos a nosotros mismos.

Aunque alguien cambiara su nombre, nunca modificaría la raíz de su identidad. Al comprender esto, adquirimos una confianza tan firme que nada podrá separarnos del amor de nuestro Señor Jesucristo. Por eso el apóstol Pablo declara:

*“Porque estoy convencido de que ni la muerte ni la vida,
ni ángeles ni gobernantes, ni lo presente ni lo por venir, ni las
potestades, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura
podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús,
nuestro Señor.”*

(Romanos 8:38-39)

Busquemos al Señor no sólo para cumplir con la enseñanza de orar o leer la Biblia, sino con el anhelo de encontrarnos verdaderamente con Él.

Estas experiencias nos otorgan un valioso patrimonio espiritual. Cuanto más tiempo pasemos ante Su presencia—escuchando Su voz en nuestro espíritu, permitiendo que nos ilumine al explicarnos Su Palabra, sintiendo la llenura del Espíritu y muchas experiencias más—, más nos transformamos interiormente. Al experimentar todo esto, llegamos a la convicción de que somos hijos de Dios y de que no existe otro lugar para nosotros que no sea el camino del Señor.

Si mantenemos una comunión constante con el Señor —en la oración, en la vida diaria, en el trabajo, en el colegio y hasta al acostarnos— y lo personificamos, hablándole en todo momento, se irá construyendo paulatinamente nuestra identidad espiritual. Como dice el refrán: “Dime con quién andas y te diré quién eres”.

El punto culminante de nuestra relación con el Señor trasciende los momentos devocionales que le dedicamos. No abandonemos nuestros tiempos de oración continua, la lectura reflexiva de la Biblia ni la oración contemplativa. Siguiendo el ejemplo del rey David, llevemos el “Arca del Pacto” —que simboliza la presencia misma de Dios— a todos los ámbitos de nuestra vida. Hagamos de Jesús alguien que nos acompañe en cada momento: mientras conducimos, trabajamos o afrontamos cualquier circunstancia. El mismo Señor que encontramos en nuestros

devocionales puede ser nuestro compañero constante durante todo el día.

2.- IDENTIDAD CON EL CUERPO DE CRISTO.

Asistir a la Iglesia, platicar con los hermanos y tener comunión frecuente es valioso, pero alcanzar una verdadera identidad con el Cuerpo de Cristo es algo distinto. Como nos enseña **1 Corintios 12:13**:

“Porque por un solo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo —sean judíos o griegos, sean esclavos o libres—, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.”

Este versículo nos muestra que, desde el momento en que nos convertimos al Señor, el Espíritu nos incorpora inmediatamente a la esfera del Cuerpo de Cristo. De esta manera, formamos parte de la única familia espiritual de Dios y compartimos la misma vida en Él.

En la economía de Dios no hay miembros que no estén integrados a una iglesia local. A veces pensamos que Dios tiene la obligación de concedernos todo lo que deseamos sólo por haber creído en Él, pero estamos equivocados. Es como si yo tuviera un hospital y creyera que debo pagar a cualquier médico sólo porque posee ese título; en

realidad, se les paga a quienes trabajan allí, no a todos los profesionales de la medicina.

De igual manera en el Señor: una cosa es ser hijos de Dios, y otra muy distinta es tener identidad con Su Cuerpo, que es la Iglesia. Dios está comprometido con Su Cuerpo y con los miembros que lo conforman. Ahora bien, para alcanzar identidad con el Cuerpo de Cristo, es indispensable congregarnos.

El origen de nuestra identidad empieza desde el día que creemos en el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, pero se desarrolla y se consolida cuando aceptamos la orden que nos da de congregarnos en Su Nombre. No debemos reunirnos sólo cuando las reuniones están en avivamiento. Es como que decidiéramos regresar a casa sólo si hay buena comida. Los que pertenecemos a una familia siempre volvemos a casa, aun así no haya comida.

El origen de nuestra identidad comienza el día en que creemos en el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, pero su desarrollo y consolidación ocurren cuando obedecemos su mandato de congregarnos en su nombre. Repito, no debemos asistir sólo cuando las reuniones están en avivamiento; sería como volver a casa únicamente porque hay buena comida. Quienes formamos parte

de una familia regresamos siempre, incluso cuando no hay nada preparado para comer.

Aunque la iglesia parezca “muerta”, aunque los hermanos no traigan nada de la Palabra para compartir y no hablen los profetas, aun así el Señor derrama bendición en las reuniones.

Muchas veces es Dios mismo quien propicia temporadas de sequía espiritual en las reuniones, no para castigar, sino para que quienes se consideran miembros de esa Iglesia adquieran algo más que una virtud divina. En esos momentos de aparente esterilidad, es donde surgirá una identidad probada con el Cuerpo de Cristo.

Reunirse en la Iglesia es un acto de obediencia al que todos los creyentes estamos llamados. Si obedecemos fielmente al Señor en esto, desarrollaremos verdadera identidad con Su Cuerpo. Nuestra asistencia a las reuniones no debe depender de factores externos, sino de nuestra actitud interior: de nuestra obediencia y paciencia. Debemos permanecer en la congregación aun cuando algunos hermanos no parezcan ser las mejores personas con las que podemos buscar al Señor. Es en esa constancia donde se forja nuestra identidad en Cristo.

Prestemos atención a las siguientes máximas:

“Nadie que no paga el precio por congregarse fielmente adquiere identidad”.

“Nadie que no practique de la Vida de Iglesia puede llegar a tener identidad con el Cuerpo de Cristo”.

“Dios es orgánico, es decir, un ser vivo; pero también es corporativo: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por tanto, una verdadera identidad con Dios implica experimentar tanto la vida orgánica de Su ser fluyendo a través de los miembros de Su Cuerpo como la dimensión corporativa que se revela en las reuniones de la Iglesia.”

3.- IDENTIDAD CON EL REINO DE DIOS.

La carta a los Filipenses nos muestra una luz maravillosa sobre cómo esta iglesia local adquirió una identidad profunda con el Reino de Dios. Los hermanos de Filipo no sólo entendieron que eran creyentes y miembros del Cuerpo de Cristo, sino que también comprendieron que eran “ciudadanos” del Reino de Dios.

Filipenses 1:27 dice:

“Solamente vivid dignamente, como ciudadanos del evangelio de Cristo...”

Con estas palabras, el apóstol Pablo nos enseña que, además de ser Hijos de Dios y miembros del Cuerpo de Cristo, debemos reconocer que somos ciudadanos del Reino de Dios. Ser creyente es algo profundamente personal; formar parte del Cuerpo de Cristo implica pertenecer a una comunidad; pero considerarnos ciudadanos del Reino significa expandir nuestra visión al lugar donde Dios nos ha colocado.

En griego, la palabra traducida como “ciudadanos” es *politeuomai*, que procede de *polis*, término que designa “ciudad, nación o estado”. Quien es “*politeuomai*” pertenece a una sociedad

determinada y goza de derechos y obligaciones dentro de ella. Solo la Biblia Textual IV mantiene esta traducción literal, resaltando así el alcance nacional y comunitario que Pablo quería comunicar a los filipenses: su identidad no se limitaba a la reunión local, sino que se extendía a la ciudadanía del Reino de Dios en toda su dimensión.

Nuestro mayor desafío es adquirir una identidad como ciudadanos del Reino de Dios. Si nos ha costado forjar tanto una identidad espiritual personal como una identidad arraigada en el Cuerpo de Cristo, aún nos resultará más difícil entender y vivir como ciudadanos del Reino de Dios.

Leamos con atención el siguiente pasaje:

“Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. 10Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”.

(Apocalipsis 21:9-10)

El pasaje de Apocalipsis 21:9-10 comienza refiriéndose a la esposa del Cordero, que es la Iglesia. Sin embargo, lo que se le muestra a Juan como esa esposa es la Ciudad Santa de Jerusalén. Por lo tanto, la Nueva Jerusalén representa a la

Iglesia, que en las edades venideras será manifestada como una ciudad gloriosa, habitada por todos sus ciudadanos redimidos.

Podemos afirmar, entonces, que el apóstol Pablo comprendía que el Señor, en primer lugar, nos engendra al darnos Su Espíritu, luego nos incorpora a Su Cuerpo que es la Iglesia. Sin embargo, la meta final es que, entrenándonos junto a los hermanos en la fe, nos formemos para llegar a ser lo que un día seremos eternamente: ciudadanos de la Ciudad Santa.

Dice **Filipenses 3:20**

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo”.

Este verso afirma que somos ciudadanos y que, además tenemos ciudadanía, es decir, estamos inscritos legalmente en el Reino de Dios.

Dice también **Hebreos 11:8**

“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa;

10porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”.

Abraham se consideró siempre como un extranjero, a pesar de que vivió en la tierra prometida, pues, él esperaba morar en la otra ciudad, la cual construyó Dios. Gocémonos por la ciudadanía que tenemos allá en los cielos. Y sigue diciendo el pasaje en **Hebreos 11:13**

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. 14Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; 15pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. 16Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad”.

Leamos un último pasaje. Dice Hebreos 13:14
“porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir”.

Estos pasajes, sin necesidad de tener que interpretarlos nos dicen claramente que somos ciudadanos del Reino de Dios.

La carta a los Filipenses, en todo su contexto, está dirigida a creyentes que habían desarrollado una

identidad y un compromiso no sólo con su iglesia local, sino con el Reino de Dios en su totalidad. Los hermanos de Filipo aprendieron a ver más allá de los límites de su localidad, comprendiendo que formaban parte de una realidad mayor: la esfera del Reino de Dios.

En esta epístola, Pablo emplea la palabra “Evangelio” como sinónimo de “Reino”; así lo evidencia, por ejemplo, en Filipenses 1:27. Al exaltar esta perspectiva, el apóstol reconoció que los filipenses habían captado que creer en el Evangelio conlleva responsabilidades concretas: no basta con la fe externa, sino que implica vivir y actuar conforme a los valores del Reino.

Dice **Filipenses 1:3**

“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, 4siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, 5por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora”.

Luego, del v:12 en adelante Pablo da explicaciones de las cosas relacionadas a Su Ministerio. Ahora, preguntémonos: ¿Por qué el apóstol Pablo les habla a los Filipenses de todas las penurias que él había atravesado en Su Ministerio?

En **Filipenses 1:12**, Pablo les dice:

“Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido han contribuido al progreso del evangelio”.

Veamos la confianza con que Pablo habla de sus propias circunstancias al dirigirse a los hermanos de Filipo. Él sabía que ellos no sólo se interesaban en recibir sus predicaciones, sino que genuinamente se preocupaban por su vida y sus necesidades. Por eso abrió su corazón y compartió todo lo que estaba viviendo en el ministerio. Pablo estaba seguro de que los filipenses tenían una identidad firme con el Reino de Dios; por lo tanto, podía comunicarles con transparencia los detalles de la obra.

También dice **Filipenses 4:2**

“Exhorto a Evodia y exhorto a Síntique a que tengan el mismo sentir en el Señor. v:3 Ciertamente te ruego también a ti, genuino compañero, que las ayudes, ya que ellas lucharon juntamente conmigo en el evangelio, también con Clemente y con los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el rollo de la vida”.

Durante muchos años leí la carta a los Filipenses y jamás me había percatado de un detalle que dice el v:2 dice: “te ruego también a ti, genuino compañero”. ¿Quién era este compañero? Pasé varios días estudiando y queriendo encontrar quien era este “compañero”, sin embargo, personalmente

no hallé respuesta. Pero un comentario bíblico da una explicación de que ese compañero era cada uno de los fieles de la Iglesia de Filipo que compartían la misma identidad de Pablo por el Reino de Dios. Entonces, él usó esta expresión no para referirse a alguien en específico, sino para darle un mensaje a cada uno de aquellos que son fieles y se responsabilizan por las cosas del Reino de Dios.

Dios quiere que cada uno de nosotros adquiramos identidad para con Su Reino, de tal modo que seamos comprometidos para servir en esta esfera.

Una de las maneras de demostrar compromiso para con el Reino de Dios es aportar de nuestras finanzas. Siendo objetivos, la manera más sencilla de aportar es diezmar y ofrendar de lo que el Señor nos bendice.

Bajo este contexto dice **Filipenses 4:15**

“Y también sabéis vosotros, oh filipenses, que al comienzo del evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna iglesia compartió conmigo en cuanto al dar y al recibir, sino solamente vosotros; 16 porque aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. 17 No que busco la dádiva, sino que busco que abunde el fruto en vuestra cuenta”.

Los hermanos de Filipos se distinguieron por su fidelidad al aportar, sabiendo que sus contribuciones al apóstol Pablo favorecían la expansión del Reino de Dios. Así nosotros, una forma de consolidar nuestra identidad en el Reino es entregando parte de nuestras finanzas de manera generosa y voluntaria.

En segundo lugar, adquirimos identidad con el Reino de Dios sirviendo en cosas que no son propiamente de nuestra localidad, entre ellas, dar testimonio de Jesús.

Terminemos este estudio con una pregunta clave: ¿Quiénes no son buenos ciudadanos del Reino de Dios?

Podríamos comenzar mencionando a aquellos que son enemigos de la cruz, es decir, los que rehusan sufrir por causa del Evangelio. También podríamos incluir a quienes viven centrados únicamente en sí mismos, sin importarles el bienestar espiritual o material de los demás. Asimismo, quienes no participan en la proclamación del Evangelio o quienes, siendo avaros, se niegan a dar para la expansión del Reino, tampoco manifiestan una verdadera identidad como ciudadanos del Reino de Dios.

Para reforzar esta idea, quiero citar el libro Generación Idiota de Agustín Laje. En uno de sus pasajes, al hablar sobre quienes participan en la polis —la ciudad, según la concepción griega— el autor explica que los malos ciudadanos eran llamados “idiotas”. Esta palabra proviene del griego *idios*, que significa “lo propio, lo que me pertenece, lo que me importa”. Con este término se designaba a aquellos que vivían sólo para sí mismos, sin preocuparse por la vida en comunidad ni por la realidad externa.

Lamentablemente, muchos creyentes hoy pueden vivir bajo este mismo concepto: centrados exclusivamente en su mundo personal, sin asumir responsabilidad alguna por el Reino de Dios. ¿Por qué decimos esto? Porque la Biblia lo afirma con claridad en **2 Corintios 5:15**:

“Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”

El mandato del Señor es claro: no debemos vivir para nosotros mismos, sino para Él.

Para finalizar, reforcemos esta enseñanza con el pasaje de **Romanos 15:1-3**:

“Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno,

para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo...”

Veamos más allá de nosotros mismos y nuestras necesidades, más bien interesémonos en ser de provecho al Reino de Dios en todas las áreas de la vida.